

LA RENDICIÓN DEL HIGHLANDER

Arlette Geneve



Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

© 2010 María Martínez Franco. Reservados todos los derechos
© 2008 ViaMagna 2004 S.L. Editorial ViaMagna. Reservados todos los derechos.

Primera edición: Marzo 2010

ISBN: 978-84-92967-06-3

Depósito Legal: B-10163/10

Impreso en España / Printed in Spain

Impresión: Liberduplex S.L.

© Valery
www.valery.es
editorial@valery.es

Editorial ViaMagna
Avenida Diagonal 640, 6ª Planta
Barcelona 08017
www.editorialviamagna.com
email: editorial@editorialviamagna.com

Para contactar con Arlette Geneve, su email es arlettegeneve@hotmail.com

AGRADECIMIENTOS

Escribir *La rendición del Highlander* ha sido un verdadero reto. Los que me conocen saben que no soy partidaria de hacer sagas o series, pero Brandon McGregor se merecía una novela, y así me lo hizo ver mi querida amiga Loli Díaz.

Su empuje y su ánimo derrumbaron las barreras de la indecisión y la reticencia que sentía a la hora de escribir la historia de Brandon.

Muchas gracias a todos los lectores y lectoras que siguen los avatares de la familia Penword-Velasco; con sus mensajes de apoyo han logrado que *La rendición del Highlander* sea una realidad.

Gracias también a mi editor, Gabriel, por su confianza.

*A mi buena amiga Loli Díaz.
Querías a Brandon, ya lo tienes en tus manos.*

PRÓLOGO

Escocia, castillo de Ruthvencastle, 1820

¡Era el día más frío del año y olía a muerte! El lago había amanecido con una capa de hielo sobre su superficie cristalina. El helor penetraba por los sólidos muros de piedra, alcanzando y cubriendo con su espeso manto las zonas más cálidas del castillo. Se extendía por cada recoveco con un vaho que olía a una mezcla de óxido envejecido, oscureciendo todavía más los largos pasillos de Ruthvencastle. La noche abrazaba los campos desiertos y los cubría con una espesa niebla oscura, premonitoria, que tapaba el velo blanco que había caído durante las horas más silenciosas del día.

Cuando se iniciaron los dolores de parto, la frágil mujer que se encontraba recostada en el mullido colchón no percibía el olor caliente de su transpiración, ni el aroma dulzón del líquido pálido, casi incoloro, que se escurría por sus piernas desnudas. Sus sentidos estaban totalmente embotados por los latigazos que sacudían su cuerpo. Las constantes contracciones disminuían su sensibilidad a cualquier percepción extrasensorial. Sólo quería que el tormento al que estaba sometida cesara de una vez, acabar cuanto antes con el martirio del parto. Era la primera vez, pero ella se juró que sería la última. Lady Sophie McGregor, con su pálida melena rubia, trataba de encerrar el miedo bajo

ARLETTE GENEVE

una capa de serenidad, pero sus pocos años no la habían preparado para algo tan sufrido como el alumbramiento de una nueva vida. Siempre se había creído valiente, y en ese momento crucial de su existencia se sentía vieja y quebrada por el sufrimiento. El lacerante dolor en su vientre parecía que la iba a partir en dos en cualquier momento, y la vieja partera no hacía sino incrementar su desazón con la pasividad que mostraba. Sentía que la vida se le escapaba sin control, de la misma forma que la sangre pegajosa se vaciaba de sus entrañas, tiñendo los suaves paños que cubrían el lecho con un color rojo caliente. El bebé venía de nalgas, y la curandera se persignó ante el padecimiento que contemplaba. La vida se le escapaba a lady Sophie, mas ella no podía hacer nada para evitarlo. Iba a ser imposible salvar a la madre y al heredero. ¡Había que hacer una elección! Pero no le correspondía a ella, sino a Dios. El grito desgarrador hizo temblar los muros de Ruthvencastle con un sonido de ultratumba, y despertó los miedos de las almas que habitaban las sólidas paredes.

Brandon Keith McGregor, laird de Ruthvencastle, seguía erguido y tenso en el gran salón. La espera se le hacía interminable y tremendamente exasperante. Oía sufrir a Sophie, y el corazón se le encogía por los remordimientos. Ella padecía y él no podía hacer nada, salvo contemplar de forma impotente las horas que se sucedían monótonas, largas, hirientes. En una soledad abrumadora. Tras el grito desgarrador, el silencio impregnó el aire de impotencia, se había vuelto denso, pero él seguía quieto escuchando los alaridos de sufrimiento agónicos, como si fuese él mismo quien los exhalase.

Las puertas del gran salón se abrieron con un golpe seco, la matrona, con sus ojos de ciervo asustado, hizo una negación con la cabeza que él entendió a la perfección. Lanzó un suspiro acerbo y se secó la frente sudorosa con el pañuelo que desató de su cuello. Morgana se encontraba detrás de la matrona, sin apartar sus ojos de acero de la figura de Brandon.

LA RENDICIÓN DEL HIGLANDER

La acusación que encontró en el rostro de ella hizo que mal-dijera entre dientes.

Había temido ese gesto sapiente durante las dieciocho horas que había durado el parto.

—Salvamos al heredero, laird McGregor. —Morgana había pronunciado las palabras como si el nacimiento fuese un momento de luto negro, y no de alegría esperada. Ese detalle le arrancó un gemido que no llegó a salir de su garganta—. Ian Douglas McGregor espera para conoceros. —Brandon escuchaba a Morgana como si su voz le llegase desde muy lejos. El nombre escogido con afecto para su primogénito le sonaba en los oídos con un chirrido horrible.

Se sentía completamente superado en emociones negativas.

—Os revelé el destino antes de que se cumpliera. La maldición que pesa sobre estos muros... —Brandon fijó sus pupilas negras en la figura de Eleonor, la vieja curandera del clan; había perdido la cuenta de los años que tenía

—No creo en premoniciones, ni en brujerías —declaró él con el mentón apretado.

—Vuestro padre tampoco, y mirad el resultado. Os dije que ella no era la elegida, pero ignorasteis mi consejo. Sois culpable de lo que sucede.

Brandon inspiró profundamente para controlar la réplica amarga que pugnaba por salir de su boca.

—¿Cómo está lady Sophie? —La curandera volvió a negar con la cabeza. Brandon clavó sus ojos cansados en Morgana, que le daba indicaciones a la curandera—. Tengo que verla. —Morgana asintió muy quedamente, se volvió hacia el gran vestíbulo y Brandon la siguió de cerca, con pasos largos y firmes.

El lento recorrido hasta las dependencias de Sophie fue tremendamente penoso. La entrada hacia la alcoba resultó una dura prueba que afrontó con todo el coraje que pudo reunir. La habitación olía a sudor y a sufrimiento. Vio los cubos llenos de agua caliente; el vapor subía hasta el techo

del dormitorio y humedecía las cortinas y los muebles. Brandon lo percibió como algo insoportable, enervante.

Sus ojos recorrieron la estancia hasta encontrar el lecho donde reposaba el cuerpo sin vida de Sophie. Habían tendido sobre ella un lienzo blanco que la cubría por completo hasta el cuello. Su rostro, ahora sereno, parecía el de un ángel que dormía henchido de paz, ajeno al desastre que se cernía sobre los sobrevivientes de Ruthvencastle. El pecho de Brandon saltó peligrosamente al ser consciente de lo que había sucedido. De la consecuencia nefasta de la decisión de casarse con Sophie. Acababa de recibir un justo castigo a su soberbia. La bruja había tenido razón.

—Nunca os perdonaré, laird McGregor.

Brandon clavó sus ojos verdes en los negros de Morgana, que brillaban con un odio infinito.

—¡Miradla! Habéis matado a mi hija.

PRIMERA PARTE

MARINA DALILA ROSA

*Es artista y cordobesa,
con andares de gitana;
mira como una sultana
y habla como una princesa.
Mezcla de gitana y reina,
llegó entre palmas y olas;
espuelas de oro en los pies,
y por corona y por peina
un sombrero cordobés.*

Fragmento del poema *Canto a la mujer cordobesa*,
de Julián Sánchez Prieto,
el pastor-poeta

CAPÍTULO 1

Córdoba, sierra de Hornachuelos, mayo de 1830

El aire de la mañana olía a tomillo en flor, al inconfundible aroma de la madera de pino cuando está mojada y a toda la mezcla de agradables aromas que el rocío de la mañana había dejado tras su paso. Marina inspiró con fuerza para impregnarse del olor de la tierra; de la hierba mecida por la brisa primaveral cordobesa. Adoraba esos montes llenos de ondulaciones doradas; de olivos brillantes como la plata cuando eran acariciados por el cálido sol de la mañana; de valles frondosos donde discurrían riachuelos que parecía que cantaban cuando chocaban con las rocas de la ribera y con la vegetación que la adornaba; encinas, alcornoques, pino y quejigo. Le encantaba perderse por los senderos enmarañados de maleza y buscar en el cielo azul el vuelo de un águila imperial, o escuchar el aullido de algún lobo en la distancia... pero lo que oyó Marina en esa mañana no fue el aullido de un lobo, sino el sonido de un trueno. Confundida, frunció el entrecejo: el cielo estaba despejado, no había una sola nube, era un hermoso día de primavera, pero escuchó otro sonido idéntico al anterior, y entonces supo que el estallido procedía de un arma. Por el número de disparos y por el bullicio que se escuchaba colina abajo, dedujo que debían de ser bandoleros asaltando algún carruaje. El semental que montaba se mostraba inquieto, pero ella le susurró de

ARLETTE GENEVE

forma suave a la vez que acariciaba su cuello con tiernas pasadas de su mano para tranquilizarlo. Marina azuzó a su caballo entre los árboles para pillar por sorpresa a los bandidos. Era una desfachatez que atacaran dentro de su propiedad. Se sentía responsable. El número de disparos le indicó que los asaltantes podrían ser tres, quizá cuatro. Las ramas de los árboles la golpearon, una de ellas enganchó su catite negro hasta arrancárselo de la cabeza, pero ella logró soltarlo sin detener el avance de su montura. A medida que se acercaba al grupo por detrás, podía escuchar las voces airadas. Marina, oculta por la espesura del bosque, tuvo una visión perfecta de lo que ocurría. Tres jinetes rodeaban un hermoso carruaje negro del que descendía en ese momento un gigante furioso. Tenía el cabello rubio, le llegaba casi hasta los hombros. Marina admiró el mentón cuadrado y le resultó tremendamente varonil, para su sorpresa, se le tensó el estómago ante aquella visión masculina. Observó cómo se enfrentaba a sus atacantes sin miedo en sus pupilas. Percibió la extrema arrogancia y el profundo desdén con el que estudiaba a los bandidos, como si tuviese el control de la situación. Uno de los bandoleros, el líder, levantó su pistola y apuntó al extranjero justo en medio de la frente. Cualquier otra persona que observase la escena pensaría que se iba a cometer un asesinato de forma impune, pero ella sabía que no. Reconoció el pañuelo verde bajo el sombrero que llevaba el bandolero, la chaqueta negra y la navaja con mango de marfil metida en el fajín negro; aquella hermosa navaja había sido un regalo de ella, pero hacía tanto tiempo de eso...

Marina no perdió más tiempo. Agarró el trabuco que llevaba sujeto en la silla de montar, abrió la bolsita de piel que contenía la pólvora y la introdujo dentro del cañón por la boca. La presionó para compactarla. Metió la estopa y la bala de plomo, apuntó encima de la cabeza del bandolero mientras el caballo seguía descendiendo por la ladera y ofreció una advertencia con voz clara y firme. Se encontraba a escasos

LA RENDICIÓN DEL HIGHLANDER

metros del carruaje, pero ninguno de los cuatro hombres se había percatado de la presencia de ella, salvo el cochero, que estaba demasiado asustado para decir nada.

—¡Malditos ladrones! ¡Largaos de mis tierras! —El bandolero jefe volvió su rostro hacia la voz y la miró. Marina vio que llevaba el rostro cubierto con un pañuelo de hilo al que le habían hecho dos aberturas para los ojos. Lo único que no cubría el pañuelo era la boca de labios finos y dientes perfectos.

—¡Mira qué tenemos aquí! —Un brillo calculado asomó en las negras pupilas que recorrían la figura de ella con insolencia—. ¿Piensas salvarlos a todos, Da? —Era la cuarta vez en dos semanas que Marina intervenía para evitar un atraco en la propiedad de su padre.

—A todos aquellos que crucen mis tierras.

—Sólo quiero aligerar un poco su bolsa. Me da la impresión de que está demasiado llena.

—No volveré a advertírtelo —le informó ella con la voz seca.

—¿Acaso crees que voy a obedecerte?

Brandon no cabía en sí de la sorpresa. Ser atacado en medio de una sierra por bandidos españoles era lo último que podía esperar. Cuando decidió aceptar la invitación de su cuñado Diego para pasar una temporada en la ciudad española de Córdoba y comprar en la feria de ganado sementales españoles para su propiedad en Escocia, no se podía imaginar el desenlace que podía tener su viaje de negocios. Su interés por los caballos de pura raza le hizo admirar el hermoso semental negro que estaba parado delante de él; era dos palmos más alto que sus propios caballos, los que le conseguía su primo Justin en la ciudad de Ronda, pero Brandon estaba perplejo, y no por el hermoso animal. Frente a sí tenía a una belleza de ojos color miel, con un arma más grande que sus brazos, que apuntaba sin un asomo de duda a la cabeza del bandolero. La visión de esa espléndida mujer lo dejó sin respiración, con el estómago encogido y el corazón acelerado. Se percató de que

ARLETTE GENEVE

ella tuteaba al asaltador como si lo conociese, y ese detalle le hizo enarcar una ceja, pero desechó la idea de inmediato para devolver su atención al desastre que podía acontecer en unos segundos. Brandon creía realmente que, si apretaba el gatillo, aquella mujer podría salir disparada hacia atrás por la fuerza de la detonación.

Su alma de caballero se antepuso para evitar esa posible eventualidad.

—Ya han oído a la señora... ¡largo! —vociferó con voz de trueno.

Marina desvió los ojos del asaltador para mirar a la víctima tan rápido como un rayo, pero fue un tremendo error; el gigante intimidaba con su estatura, y además poseía un brillo peligroso en su mirada. Su marcada mandíbula estaba rígida, sus ojos verdes, que refulgían, ofrecían un reto en su profundidad. Las palabras habían sido dirigidas al bandolero, pero la mirada estaba clavada en ella. Marina tragó la espesa saliva con dificultad, aunque trató de conservar el dominio sobre sí misma. Apretó el arma todavía más entre sus manos.

—No volveré a repetírtelo, ¡fuera! —Y Marina pasó a la acción. Un solo disparo por encima de la cabeza del líder y partió la rama de un pino. Ésta, al caer, golpeó la mano del bandolero e hizo que soltase el arma que apuntaba al extranjero.

El estruendo de la detonación hizo que los pájaros echaran a volar y que las ramas oscilaran con un siseo por encima de las cabezas de ellos, como si mostrasen una queja por la quietud interrumpida.

Los asaltantes, estupefactos, comenzaron a lanzar juramentos y amenazas, pero el cabecilla detuvo sus perjurios con un gesto de su palma alzada. La rama del pino le había hecho una herida de la que manaba sangre, aunque él no parecía percatarse de ello. Seguía mirando a la mujer con un destello de humor en sus pupilas negras.

—Me cobraré esta ofensa, Da, no lo dudes. —El bandolero espoleó su montura y huyó por el sendero a todo

LA RENDICIÓN DEL HIGLANDER

galope; el resto de bandoleros hicieron lo mismo. Marina esperó hasta que el sonido de los caballos se hubo desvanecido para azuzar al suyo. La montura avanzó hacia el carruaje y el extranjero, que la miraba estupefacto.

Brandon entrecerró sus ojos al ver la cara de ella; lo miraba entre el tedio y la desazón, como si él hubiese tenido la culpa del asalto hacia su persona.

—No tenía que haber disparado, podría haberme herido —dijo él con voz neutra. Marina se dio cuenta de que el gigante creía que ella había errado el tiro, y no supo si enfadarse o reírse. Su puntería era extraordinaria, pero no corrigió la conclusión desatinada de él—. Brandon McGregor —se presentó. Marina seguía montada en su semental, pero incluso así, la altura del individuo lograba intimidarla. Ella no le correspondió en el saludo.

—Ya puede continuar su camino. Córdoba no está lejos, si es allí hacia donde se dirige. —Brandon entrecerró los ojos con cautela. La voz de la española había sonado excesivamente seria—. Le aseguro que hoy no volverán a molestarlo —ratificó ella.

—Me gustaría saber el nombre de mi salvadora.

Marina lo miró de forma llana. Sentía muchos interrogantes por el hombre de ojos esmeralda, pero contuvo su interés. Los extranjeros solían ocasionar problemas, y ella no necesitaba ninguno.

—Puedo asegurarle que no es necesaria una presentación formal.

Brandon se había quedado estupefacto; ella lo despedía así, sin más.

—«Es de ser bien nacido mostrarse agradecido» —le respondió él a bocajarro.

Marina abrió los ojos completamente sorprendida por el refrán popular. El individuo parecía conocer muy bien los dichos españoles, ¿dónde los habría aprendido?

ARLETTE GENEVE

—Que tenga un buen día —le respondió al fin de forma altanera. Pero Brandon no se iba a dar por vencido tan fácilmente, no cuando había quedado deslumbrado por la valiente y esquivia española.

—¿Se muestra siempre tan grosera? —Marina había emprendido el camino de regreso, pero las palabras ofensivas la detuvieron. Giró su cuerpo un tercio para mirarlo con la sorpresa pintada en su rostro.

—Olvida convenientemente que he salvado su bolsa de oro. —Las palabras sonaron como un consejo que Brandon no aceptó.

—No ha salvado mi bolsa de oro, señora, acaba de robarme el corazón. —Ella entrecerró los ojos, confundida. El extranjero hablaba un español admisible, pero arrastraba las eses, que sonaban como un silbido, aunque no llegaba a ser molesto—. No puedo permitir que se lo lleve.

—¿Siempre se muestra así de arrogante señor...?

—McGregor, Brandon McGregor. —Brandon repitió su nombre como si no lo hubiese pronunciado antes. Ella le hizo una inclinación con la cabeza a modo de aceptación.

—Marina, su *salvaora*. —Cuando Brandon abrió la boca para responderle, ella no se lo permitió. Espoleó su montura con energía y comenzó un trote suave por el camino secundario entre los castaños, para desaparecer por el espeso follaje de la maleza un momento después.

Brandon se había quedado con la palabra en la boca, pero con la sonrisa de par en par. Así que la fascinante española se llamaba Marina, y en ese preciso momento, él estaba cruzando sus tierras.

Si sumaba uno más uno obtendría la respuesta que buscaba.

Volvió sobre sus pasos para dirigirse hacia el interior del carruaje, abrió la portezuela, pero antes de subir el primer peldaño, miró al cochero, que se había mantenido en silencio durante todo el altercado; se veía demasiado acobardado.

—¿A quién pertenecen estas tierras? —El cochero dudó en ofrecerle una respuesta al escuchar su tono perentorio, pero lo hizo de todas formas.

—Pertenecen al conde de Zambra, don Álvaro del Valle y Aguilar. Su hacienda, «Los Encinares», está a poco más de media legua de nuestra ruta.

Brandon meditó la información con mucha atención.

El destino era un bastardo jugueteón, pero qué bien le favorecía. Él iba al encuentro de su cuñado en Córdoba, y la dirección que tenía en su poder era precisamente la del palacio de Zambra. La sonrisa de Brandon se amplió todavía más. Así que la mozuela española creía que lo había despedido así, sin más, que no iba a volver a contemplar su hermoso rostro... Brandon soltó una carcajada profunda. La vida estaba llena de sorpresas.